El Desánimo Espiritual



Y se desanimó el pueblo por el camino... Y habló el pueblo contra Dios...

El Desánimo Espiritual

Jesús Briseño Sánchez

Tonalá, Jalisco - Mayo de 2014
Segunda Edición - Enero de 2023

Visite en internet: Publicaciones Jesús Briseño

EL DESÁNIMO DE ISRAEL

Uno de los más graves problemas de los cristianos, es el desánimo espiritual, el desaliento en las cosas de Dios. Pero este sentimiento no es exclusivo de los tiempos modernos, sino que ha atacado al pueblo de Dios desde el principio.

Así dice la Palabra de Dios: *"Después partieron del monte de Hor, camino del Mar Rojo, para rodear la tierra de Edom; y se desanimó el pueblo por el camino. Y habló el pueblo contra Dios y contra Moisés: ¿Por qué nos hiciste subir de Egipto para que muramos en este desierto? Pues no hay pan ni agua, y nuestra alma tiene fastidio de este pan tan liviano"* (Números 21.4-5).

Otras versiones de la Biblia dicen que *"la gente se desesperó"* (Biblia en Lenguaje Sencillo), *"la gente perdió la paciencia"* (Biblia Latinoamericana), *"el alma del pueblo empezó a rendirse de cansancio"* (Traducción del Nuevo Mundo), *"empezó el pueblo a enfadarse"* (Torres Amat).

En este episodio de la historia de Israel, el pueblo está rodeando la tierra de Edom, por donde se les había negado el paso (Números 20.14-21). Se sentían cerca de la tierra prometida pero no podían entrar en ella, ahora debían de retroceder por un camino demasiado molesto. Todas estas vicisitudes, y quizás más, hicieron que el pueblo se desanimara, que se cansara del camino y que hablara contra Jehová, contra Moisés, e incluso contra el maná.

Ellos sentían frustración por estar tan cerca de su destino pero tener que retroceder, enojo por la negación de Edom, y posiblemente decepción por no ver una intervención divina en su favor. Todo esto los hace cuestionar los planes, los propósitos y las mismas intenciones de Dios.

Las quejas de los israelitas se dirigen también contra la provisión de Dios. La palabra *liviano*, traduce el vocablo hebreo ***queloquél***, que significa insustancial. En otras versiones se traduce como *"desabrida"*, *"pésima"*, e incluso *"miserable"*. A la bendición que cae del cielo para preservarles la vida, ellos le llaman miserable. La comida fue una de las quejas recurrentes de este pueblo: *"Y la gente extranjera que se mezcló con ellos tuvo un vivo deseo, y los hijos de Israel también volvieron a llorar y dijeron: ¡Quién nos diera a comer carne! Nos acordamos del pescado que comíamos en Egipto de balde, de los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos"* (Números 11.5). Ellos se acuerdan del pescado que comían *gratis* en Egipto.

Pero ya no se acuerdan del maltrato, de los azotes, del pesado trabajo, de la esclavitud, de que ellos mismos habían clamado a Dios que los ayudara (Éxodo 2.23-25). El desánimo pervierte la memoria, parece tener un efecto amnésico, elige enfocarse solamente en lo bueno del pasado y en lo malo del presente.

¿Y saben por qué tuvieron los israelitas este problema? Porque prestaron atención a las palabras y deseos de *la gente extranjera*. Es más fácil desanimarse cuando en lugar de ir a Dios se acude a la gente del mundo. Nos suena muy familiar ¿verdad?

Ahora veamos como el desánimo contagia a los mismos líderes del pueblo:

"Y oyó Moisés al pueblo, que lloraba por sus familias, cada uno a la puerta de su tienda; y la ira de Jehová se encendió en gran manera; también le pareció mal a Moisés. Y dijo Moisés a Jehová: ¿Por qué has hecho mal a tu siervo? ¿Y por qué no he hallado gracia en tus ojos, que has puesto la carga de todo este pueblo sobre mí? ¿Concebí yo a todo este pueblo? ¿Lo engendré yo, para que me digas: Llévalo en tu seno, como lleva la que cría al que mama, a la tierra de la cual juraste a sus padres? ¿De dónde conseguiré yo carne para dar a todo este pueblo? Porque lloran a mí, diciendo: Danos carne que comamos. No puedo yo solo soportar a todo este pueblo, que me es pesado en demasía. Y si así lo haces tú conmigo, yo te ruego que me des muerte, si he hallado gracia en tus ojos; y que yo no vea mi mal" (Números 11.10-15).

La Biblia en Lenguaje Sencillo, en el verso 12, dice: *"¡Yo no soy su padre ni su madre! ¡No tengo por qué cargar con ellos y llevarlos al territorio que tú les vas a dar!"*

El desánimo no es algo que afecte solamente a un sector específico del pueblo de Dios (a los nuevos o a los inmaduros), sino que es capaz de afectar a los mismos dirigentes puestos por el Señor. Ahora es Moisés el que se desespera y acusa a Dios mismo de hacerle mal. Reniega de la responsabilidad de conducir al pueblo de Dios e incluso le pide al Señor que le quite la vida.

En esta ocasión, Moisés no estuvo a la altura de lo que era: un siervo fiel y amigo íntimo de Dios (Números 12.7), el hombre más manso de toda la tierra (Números 12.3) y quien se sostenía como viendo al Invisible (Hebreos 11.27).

Pero antes de juzgarlo con severidad, los ancianos, evangelistas y predicadores deben de considerar y rogar al Señor que no los meta en tentación (Mateo 6.13).

El desánimo se acopla con otros sentimientos negativos, cansa al creyente, le provoca malos pensamientos, los malos pensamientos derivan en murmuración abierta, el creyente desanimado contagia a otros, el desánimo se generaliza en el pueblo o en la congregación y provoca nuevos problemas en nuevos niveles. El desánimo nunca viene solo y nunca se limita en sus malos efectos.

Ahora pasa a ser una nación o una congregación, la que sufre el desánimo, la que se niega a seguir el camino de Dios, la que rehúsa hacer la obra de Dios, la que hace a un lado su fe en el Señor y la que se escuda en excusas y quejas y termina por cuestionar los propósitos, los planes, las intenciones, el amor y hasta el mismo poder de Dios.

El pueblo de Dios termina por gritar: ¡no puede Dios cambiar nuestra situación! Y si puede y no lo hace, entonces no quiere nuestra felicidad. Si Dios destruyó a la potencia de Egipto, ¿por qué no destruye también a Edom? ¿Por qué no nos permite destruirlos? ¿Por qué no nos introduce de una vez a la tierra prometida de una forma milagrosa? Aun más: si ya destruyó a los egipcios ¿por qué no nos da su territorio? Y en el espejo de Israel nos vemos nosotros. Cuestionamos a Dios y decimos: si Dios puede quitarme todos los problemas, enfermedades, tentaciones y desafíos, ¿por qué no lo hace y ya? ¿Para qué tanta prueba, frustración y sufrimiento?

Pero hermanos, en primer lugar, Dios cumple fielmente todas sus promesas (Josué 23.14). ¿No introdujo a Israel a la tierra prometida? ¿No terminó castigando y de hecho destruyendo totalmente a los edomitas? (Malaquías 1.4). Por otro lado, ¿cuándo les prometió a los israelitas (o a nosotros) que el camino sería fácil? Uno de los principales problemas de los israelitas, y también de nosotros, es no solo que olvidamos de dónde nos sacó el Señor, sino también, la naturaleza de sus promesas y en qué consiste nuestro destino final.

En segundo lugar, Dios está más interesado en nuestra salvación eterna que en nuestra comodidad, e incluso está más interesado en forjar y desarrollar nuestro carácter, que en nuestra felicidad. Porque nuestro carácter y la vida de nuestra alma son cosas primordiales y eternas, mientras las otras cosas son secundarias y temporales (2Corintios 4.18).
¿Será pecado el desánimo? El desánimo está asociado a muchas faltas, es causa y origen de multitud de pecados, por el desánimo se deja de hacer la obra de Dios, el desánimo es sumamente contagioso. El desánimo destruye congregaciones y naciones y condena a muchas almas al castigo eterno. Más adelante vamos a decidir si el desánimo es o no pecado por sí mismo.

DEPRESIÓN Y DESÁNIMO

Es importante que definamos primeramente las diferencias enormes que existen entre lo que es la depresión y el desánimo.
La depresión está medicamente catalogada como un trastorno psiquiátrico. Según datos proporcionados por la Organización Mundial de la Salud (OMS), la depresión es la principal causa de discapacidad y provoca por suicidio la muerte de un millón de personas al año.

Dice la OMS que esta *"problemática compromete de manera negativa el ámbito laboral, social y familiar, ya que muchos de quienes la padecen, no pueden desempeñarse en forma apropiada en su vida cotidiana a causa de un fuerte deterioro de la salud"*. Sencillamente, quienes padecen depresión sufren de una profunda tristeza que afecta o les impide desarrollar eficazmente todas sus actividades.

Por su parte, el desánimo, según el Diccionario de la Real Academia Española, es sencillamente la falta de ánimo. El Diccionario Larousse dice: *"Falta de ánimo o de energía para hacer algo"*. La depresión puede tener varias causas, casi todas no voluntarias o imputables al sujeto. El desánimo puede tener varios factores que lo hagan detonar, pero casi siempre depende de la actitud del individuo.

La depresión es una enfermedad que la persona sufre, el desánimo es una actitud que la persona toma. La depresión impide al individuo el ejercicio de todas sus actividades, el desánimo es focalizado o específico: impide el eficaz desenvolvimiento del individuo, solo en una o en algunas áreas.

Dicho de forma más clara: quien sufre depresión se derrumba y pierde interés en todas las cosas, no quiere comer, no puede dormir, siente fatiga para todo. En cambio el desanimado en algo, puede seguir cumpliendo con toda su vida de forma normal, solo en un campo específico está desanimado.

Es por ello que el título de este estudio es *'El Desánimo Espiritual'*, porque los hermanos que en el momento actual, o en algún momento de nuestra vida nos hemos encontrado desanimados, solamente estamos desanimados en las cosas de Dios. Ya sea que faltemos a las reuniones, o que no queramos participar en la obra de la iglesia, o que no deseemos la comunión con los hermanos, decimos que estamos desanimados, o se dice de alguna hermana o hermano: *'está desanimado'*.

Pero por ese desánimo no se deja de comer, el hermano desanimado espiritualmente, sigue durmiendo bien, sigue arreglándose, sigue dando su máximo esfuerzo en su trabajo, sigue prosperando materialmente, sigue disfrutando de paseos, de pasatiempos, de su familia. (Si usted llegara a visitarlo, tal vez lo encuentre en una de estas actividades). Está desanimado sí, pero solo para las cosas de Dios. Nos damos cuenta entonces, que el desánimo espiritual es muy curioso.

Un servidor no ha conocido aun a algún hermano que sufra de depresión. Puede y debe de existir, pero yo no lo he conocido. No he sabido de algún hermano que ya no haya asistido a las reuniones, que tuviera conflictos en su trabajo, en su familia y en su salud, y que haya recibido atención sicológica o siquiátrica. Todos los casos visibles, y aun los más discretos, tienen que ver siempre con el desánimo espiritual. Si alguien está deprimido, debe de atenderse médicamente; si alguien está desanimado, debe de corregirse. Porque, y esto puede ser una gran sorpresa…

EL DESÁNIMO ES VOLUNTARIO

Cuando estudiamos la historia del pueblo de Dios en la Biblia, y la vida de muchos de sus personajes, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, nos damos cuenta de muchos casos de desánimo, y también de muchos casos de buen ánimo.

Pero en todos ellos vemos dos cuestiones muy llamativas: 1.- El estado de ánimo siempre fue responsabilidad personal o colectiva, y 2.- Dios jamás compadeció a sus siervos desanimados, siempre los exhortaba y hasta reprendía (especialmente a los líderes). Veamos para nuestra instrucción algunos casos.

La reedificación de Jerusalén

Jehová mismo, como el Jefe y conductor de los ejércitos, devuelve a su pueblo a tierra santa y los exhorta a trabajar con buen ánimo, comenzando por los dirigentes: *"Pues ahora, Zorobabel, esfuérzate, dice Jehová; esfuérzate también, Josué hijo de Josadac, sumo sacerdote; y cobrad ánimo, pueblo todo de la tierra, dice Jehová, y trabajad; porque yo estoy con vosotros, dice Jehová de los ejércitos"* (Hageo 2.4).

En este episodio de la historia, el pueblo de Dios pasaría por múltiples vicisitudes y adversidades, después de pasar 70 años en Babilonia. La tierra santa estaba desolada, el templo y las murallas destruidos, sus hermanos, las diez tribus del norte, habían desaparecido para siempre, muchos judíos habían preferido quedarse en Babilonia, y los vecinos no eran muy cordiales ni favorables con los planes judíos.

Sin embargo, Dios les da la clave del éxito en toda empresa espiritual: *esfuércense, cobren ánimo y trabajen, porque yo estoy con ustedes*. La fuerza o el poder para hacer algo, no radican en las cualidades del hombre, sino en la presencia de Dios que diseña, santifica y dirige la obra que ha de realizarse. *"Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican; Si Jehová no guardare la ciudad, en vano vela la guardia"* (Salmos 127.1).

Jerusalén fue reedificada con la providencia de Dios y con buen ánimo: *"Edificamos, pues, el muro, y toda la muralla fue terminada hasta la mitad de su altura, porque el pueblo tuvo ánimo para trabajar"* (Nehemías 4.6). El trabajo avanzó porque el pueblo tuvo ánimo para trabajar, y esto sucedió, porque creyeron firmemente que Dios estaba con ellos, que sus planes eran buenos y que la obra era correcta. Ninguna obra espiritual avanza sin estos tres ingredientes de plena confianza en Dios.

Ellos encontraron la forma de fortalecerse: *"Los que edificaban en el muro, los que acarreaban, y los que cargaban, con una mano trabajaban en la obra, y en la otra tenían la espada"* (Nehemías 4.17). Ellos al buen ánimo le añadieron valentía, la disposición de hacer todo lo que sea necesario para avanzar la obra de Dios. Nosotros también podemos y debemos de tener la espada del Espíritu a la mano mientras trabajamos en su obra (Efesios 6.17). La espada del Espíritu nos da aliento, fortaleza y seguridad ante cualquier enemigo.

Ellos conocían, creían y tenían presentes las palabras, promesas y exhortaciones de Dios en el pasado, que les infundían aliento: *"Esforzaos y cobrad ánimo; no temáis, ni tengáis miedo de ellos, porque Jehová tu Dios es el que va contigo; no te dejará, ni te desamparará... Y Jehová va delante de ti; él estará contigo, no te dejará, ni te desamparará; no temas ni te intimides"* (Deuteronomio 31.6,8).

Quien está hoy a nuestro lado es ese mismo y poderoso Dios. Nuestro hermano Bill H. Reeves comenta: *"Con la presencia de Jesús, la ansiedad no tiene lugar"*. *"¿Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, Salvación mía y Dios mío"* (Salmos 42.5).

El pueblo de Israel pasó por infinidad de circunstancias extraordinarias en su milenaria historia, pero no fueron estas sino su ánimo y su actitud ante ellas, lo que determinó los resultados obtenidos. Al pueblo de Israel en este momento, no es que su ánimo para trabajar le haya caído del cielo; tampoco se puede decir que su mala actitud en otras ocasiones, fuera algo que le haya sucedido de repente.

Dios daba el mandamiento y la capacidad para llevarlo a cabo; el entorno y las circunstancias externas o internas afectaban en mayor o en menor medida, pero siempre el ánimo o desánimo mostrado, y sobre todo el resultado obtenido, eran a consecuencia de sus actitudes, decisiones y acciones, y nada más. Cuando se sienta incómodo en el lugar donde está, revise sus actitudes, sus decisiones y sus acciones; tal vez ellas lo llevaron hasta ahí.

El caso de Elías

El más representativo de los profetas es abatido por un profundo desánimo: *"Y él se fue por el desierto un día de camino, y vino y se sentó debajo de un enebro; y deseando morirse, dijo: Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres"* (1Reyes 19.4).

La Biblia en Lenguaje Sencillo dice: *"estaba tan triste que se quería morir"*. La depresión puede llevar a algunas personas al suicidio, el desánimo puede llevarnos al deseo de dejar de vivir. Moisés y Jonás también fueron siervos de Dios que experimentaron este mismo deseo (Números 11.15; Jonás 4.3). Pero Moisés y Elías lo experimentan poco después de presenciar las grandes maravillas del poder de Dios.

Elías le informa a Dios sobre su interpretación personal de la situación espiritual del pueblo de Dios: *"Él respondió: He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas; y sólo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida"* (1Reyes 19.14).

Elías se percibe como el único siervo y profeta de la religión verdadera, todos los demás han dejado el pacto de Dios, han derribado los altares y asesinado a todos los profetas de Dios. Solo Elías ha quedado y su vida peligra. Vaya que puede sentirse soledad y desaliento con tales conceptos. Cuando creemos en términos absolutos que nadie cree verdaderamente en Dios, que nadie está interesado en su evangelio, que todos los hermanos son falsos, que yo soy el único santo en el mundo, nos vamos a sentir en el desierto. El desánimo no solo pervierte la memoria, sino también la vista espiritual. Tenga mucho cuidado, porque los pensamientos terminan siendo creencias, y estas determinan las emociones y los sentimientos, y estos, las acciones.

Dios le informa a Elías la situación real: *"Y yo haré que queden en Israel siete mil, cuyas rodillas no se doblaron ante Baal, y cuyas bocas no lo besaron"* (1Reyes 19.18).

La Biblia en Lenguaje Sencillo traduce: *"Pero debes saber que siete mil personas no se arrodillaron delante de Baal ni lo besaron; a ellos yo los voy a dejar con vida"*.

Aquel *que escudriña la mente y el corazón* (Apocalipsis 2.23), el que sabe lo que hay en el hombre (Juan 2.25), Aquel que conoce a los que son suyos (2Timoteo 2.19), le revela a Elías que no está solo en la batalla espiritual del pueblo de Dios. Siete mil, en números redondos, no se han rendido ante la corriente idolátrica de la mayoría. Aunque parezca haber derrota o retroceso, es Dios quien lleva las cuentas reales.

Debemos de recordar que alrededor del mundo existen muchos hermanos fieles que libran la misma batalla. Dice el apóstol Pedro: *"Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo"* (1Pedro 5.8-9).

¿Estás siendo tentado, desafiado, provocado? ¿Padeces enfermedad, pobreza, soledad? ¿Has perdido a un familiar, un trabajo, una relación? No eres el único, ni eres el primero, ni serás el último, y no hay ninguna razón para desanimarse por ello. Quizás tu trinchera tiene problemas, pero la guerra se libra en diferentes frentes, por muchos hermanos valientes, fieles y decididos a vencer en el nombre de Cristo. Puedes sucumbir ante el desánimo, o ser ejemplo para quienes sufren de verdad.

Otros varones de Dios en algún momento y por diversas causas mostraron desánimo espiritual. Pero Dios no los trata como a niños chiquitos, no les pregunta quién o qué los desanimó, más bien, el Señor los reprende y les ordena levantarse y continuar con su obra encomendada por él.

En una ocasión Dios exhortó a Moisés: *"¿Por qué clamas a mí? Dí a los hijos de Israel que marchen"* (Éxodo 14.15). La Biblia en Lenguaje Sencillo dice: *"¿Y tú por qué me pides ayuda? ¡Mejor ordena a los israelitas seguir adelante!"*. En una escena de la película llamada *'¿Qué Haría Jesús?'*, un predicador está sentado en su oficina y quejándose de que la gente ya no desea saber de Dios, y el protagonista le contesta: *'¿pues que no es ese su trabajo?'*

Dios no ha constituido evangelistas para que le informen cómo está el mundo, sino para que lo transformen con el poder del evangelio (Romanos 1.16). Dios no ha constituido predicadores para que se quejen y se lamenten de la situación, sino para que capaciten e impulsen a la iglesia a hacer la obra de Dios (Efesios 4.12).

Cuando el pueblo de Israel es derrotado en Hai, dice la Escritura que *"el corazón del pueblo desfalleció y vino a ser como agua"* (Josué capítulo 7). Josué se derrumba y le pide explicaciones a Dios. Dios le responde la razón de por qué Israel no podrá hacer frente a sus enemigos y cuál es la causa y la solución.

Ellos habían quebrantado el pacto, del cual provenían las promesas. El pacto con Dios no solo consiste en las bendiciones que recibimos, sino también en los mandamientos que cumplimos. Cuando tu corazón desfallezca y sientas que la derrota se ha estacionado en tu vida, antes de dirigirte a Dios, busca en tu persona, en tu corazón, en tu mente, en tus acciones, cual pudiera ser la causa.

Ahora veamos el ejemplo contrario...

La animación de Pablo

Pablo exhorta a sus compañeros en su viaje a Italia: *"Pero ahora os exhorto a tener buen ánimo, pues no habrá ninguna pérdida de vida entre vosotros, sino solamente de la nave"* (Hechos 27.22).

Cuando el camino es difícil, (en este caso la navegación), se hace más pesada la compañía de alguien con poco ánimo, o con doble ánimo. Pablo no va de vacaciones a Roma, va preso a comparecer ante César. Pero Pablo da por hecho lo que Dios le ha revelado y actúa en consecuencia. No guarda la buena nueva solo para sí. Intenta animar a todos, la mayoría de ellos incrédulos, e incluso delincuentes presos. Solo alguien que confía plenamente en la revelación de Dios, puede ser libre de espíritu y dar ánimo a otros.

Después de declararles la Palabra de Dios, les vuelve a animar: *"Por tanto, oh varones, tened buen ánimo; porque yo confío en Dios que será así como se me ha dicho"* (Hechos 27.25). Así es como se expresa un hijo de Dios ante la adversidad, con pleno dominio emocional y absoluta confianza en la providencia de Dios.

Pero Pablo además fue muy persistente en su motivación: *"Cuando comenzó a amanecer, Pablo exhortaba a todos que comiesen, diciendo: Este es el decimocuarto día que veláis y permanecéis en ayunas, sin comer nada. Por tanto, os ruego que comáis por vuestra salud; pues ni aun un cabello de la cabeza de ninguno de vosotros perecerá. Y habiendo dicho esto, tomó el pan y dio gracias a Dios en presencia de todos, y partiéndolo, comenzó a comer. Entonces todos, teniendo ya mejor ánimo, comieron también"* (Hechos 27.33-36).

Pablo no solo tiene buen ánimo para sí mismo, sino que es cercano a los demás (es empático se diría hoy), muestra un genuino interés en ellos, conoce sus circunstancias, les anima con buenas palabras, les expresa la revelación de Dios, argumenta en cuanto a la salud de ellos, persiste en su objetivo y, sobre todo, muestra en su ejemplo, de una forma vívida y efectiva, la fe, tranquilidad y confianza del cristiano fiel.

Pablo marca una poderosa y atractiva diferencia ante los incrédulos. Tal vez no todos crean en su Dios, pero todos lo ven como alguien diferente. Esa fe y conducta de Pablo forja la influencia que mueve a otros a hacer lo correcto. Pablo podía decir con total convicción: *"¡Quisiera Dios que todos fueran hechos como yo, excepto estas cadenas!"* (Hechos 26.29).

Muchas personas no son atraídas por el evangelio de Dios, porque la vida, las palabras, la conducta y el ánimo de muchos cristianos dejan mucho, pero mucho que desear. Las atrae la persona y las palabras de Cristo, pero las ahuyenta nuestra vida. Podemos predicarles persuasivamente el evangelio, pero si observan que nos quejamos, que nos peleamos, que no estamos unidos, que no somos responsables, que nos desanima casi cualquier cosa, lo menos que querrán será hacerse cristianos.

Luego entonces, se debe de vencer al desánimo no solo para nuestro propio beneficio físico y espiritual, sino también para fortalecer nuestro testimonio y la influencia de la vida en Cristo ante las personas que siempre están y estarán ahí para observarnos.

Otro hecho importante a resaltar en este evento, es que Pablo los exhorta a tener buen ánimo, demostrando fehacientemente que el desánimo es un asunto voluntario. Pablo no les impone las manos para curarlos de su desánimo. Tan voluntario es el desánimo espiritual, que el mismo apóstol nos manda a alentarnos entre nosotros: *"También os rogamos, hermanos, que amonestéis a los ociosos, que alentéis a los de poco ánimo, que sostengáis a los débiles, que seáis pacientes para con todos"* (1Tesalonicenses 5.14).

Pero si el desánimo no fuera voluntario, tampoco pudiera vencerse voluntariamente. Se requeriría tratamiento médico, se requeriría orar por el hermano como si padeciera una enfermedad de la cual él no fuera capaz de reponerse. Pero no, Dios nos manda a tener buen ánimo, y nos manda a alentar a los demás a que tengan también buen ánimo. Esto demuestra indudablemente, que el desánimo espiritual es totalmente voluntario.

Pero aceptemos por un momento la posibilidad de que el desánimo espiritual no fuera voluntario. De repente, no sé de dónde ni por qué, estoy espiritualmente desanimado. Aun así, siempre, siempre será mi decisión libre y personal lo que voy a hacer con mi desánimo y la actitud que voy a tomar ante él y sus efectos.

Una de las trampas más perversas de la mente humana, si es que no de Satanás, es cuando intenta hacernos creer, y lo logra muy a menudo, que el estado o la condición en que nos encontramos, no se deriva de nuestras actitudes y acciones, y que la solución no está en nuestras manos, o que no depende de nosotros. Así sucede con el desánimo espiritual: estamos desanimados por culpa de equis circunstancia ajena a nosotros, en esa situación puedo gozar de las bendiciones de Dios, puedo respirar, comer, trabajar, pero no puedo hacer la obra de Dios.

Y además, mientras que determinada persona no haga lo que yo pienso que debe de hacer, mientras Dios no resuelva algo que está fuera de mis manos, mientras la iglesia no haga lo que yo quiero, o mientras las circunstancias y el entorno no cambien, yo no puedo salir de mi desánimo espiritual, ah, y además, la culpa no es mía.

El desanimado nunca se echa la culpa de su desánimo, y jamás asume la responsabilidad de cambiar. Algunas personas llegan a decir: *'yo estoy en la mejor disposición, cuando todas esas personas y cosas cambien, entonces cambiaré yo'*. El chantaje espiritual hermanos, se añade a todos los demás pecados y debilidades surgidos del desánimo espiritual.

El desánimo espiritual entonces, puede ser el crisol donde sea probada la fidelidad de nuestro corazón: *"El crisol para la plata, y la hornaza para el oro; Pero Jehová prueba los corazones"* (Proverbios 17.3). Si aun el oro siendo perecedero se prueba con fuego, nuestra fe, que es más valiosa, ha de ser probada mediante diversas pruebas (1Pedro 1.6-7).

Cómo interpreto las circunstancias, cómo reacciono ante las adversidades, cómo me siento emocionalmente, es el arma que me ayude a dejar al cuerpo de Cristo, o la razón que me motive e impulse a seguir en el camino de Dios. Pero el camino a seguir dependerá solo de mi decisión. Mientras que no entendamos que somos los únicos responsables de nuestras decisiones, de nuestra vida y de nuestro destino eterno, jamás podremos dejar la infancia espiritual y ser personas responsables, maduras, y que pueden ser tomadas en serio.

Si recordamos los textos que hemos analizado, entre otros más, vemos otro efecto destructor del desánimo espiritual, y es que no solo es muy contagioso, sino que excita a nuestro egoísmo. El desanimado pierde la capacidad de pensar en los demás.

Por ejemplo, a los israelitas en su murmuración no les importó que Moisés también se desanimara, a Jonás en su enojo no le importó la salvación de Nínive, Elías en su cueva no pensó en las necesidades del pueblo de Dios, los judíos del tiempo de Hageo estaban muy animados en sus casas artesonadas, pero no les importaba la reconstrucción del templo y la adoración a Dios (Hageo 1.4).

Así, al hermano que falta a las reuniones de la iglesia porque está desanimado, o que no apoya la obra de la iglesia local, que no convive con sus hermanos, o que muestra apatía, frialdad e indiferencia, le dejan de importar muchas cosas. No le importa desanimar a otros con su falta, no le importa el ejemplo que dará a su familia, no le importa lo que provocará en los visitantes, no le importa el trabajo del predicador, no le importa el orden ni la gloria de Dios.

Termina por hacer aquello mismo que condena y que supuestamente ha causado su desánimo. ¿No dice la Escritura: *"Ninguno busque su propio bien, sino el del otro"?* (1Corintios 10.24). ¿No nos enseña Dios que el amor *no busca lo suyo*? (1Corintios 13.5). Cuando usted quiera tirar la toalla, cuando quiera rendirse, cuando quiera faltar a las reuniones, piense antes a cuántos va a lastimar, a cuántos hará caer, cuánta obra de Dios va a destruir. No se trata solo de usted.
Es tanta la necesidad en el pueblo de Dios, que el desánimo deberíamos de verlo como un lujo que no nos podemos dar, además de que no es lo que Cristo merece de nosotros, y mucho menos tantos años después.

¿Alguien se preguntará si los predicadores también se desaniman? ¿Tendrán ellos algún poder especial que les impida desanimarse? ¿Serán más fuertes que los siervos de Dios que miraron fenómenos extraordinarios y escucharon la voz de Dios? Los predicadores también son de carne y hueso, también caen en pecado, también abandonan la iglesia, y también hay que orar por ellos, apoyarlos y cuidarlos.

Pero la persona desanimada generalmente no reflexiona espiritualmente, piensa solamente en sí misma, en cómo se siente, en lo que le hacen, en lo que le falta, en lo que le pasa, en lo que no le dan. Es como quien dice: *'primero yo, después yo, y al último, sigo siendo yo'*; le importa lo que piensa ella, no le importa cómo lo mira Cristo.

LA SOLUCIÓN DE DIOS

¿Cómo podemos no desmayar en la batalla espiritual?: *"Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar"* (Hebreos 12.1-3).

Si alguien ha tenido motivos para desanimarse, ese es el Hijo de Dios. Pero él *'soportó la vergüenza'*, como dicen otras versiones, porque puso su mirada en nosotros y en nuestra salvación. ¿Qué sería de nosotros si Jesús se hubiera rendido? En la decisión de qué hacer con el desánimo espiritual, es donde demostramos o nos damos cuenta de lo sincero de nuestros sentimientos e intenciones. ¿Acaso cuando nos desanimamos del trabajo, dejamos de trabajar? ¿Si nos desanimamos de la familia, la dejamos? ¿O buscamos soluciones, acuerdos o asimilar las cosas?

¿Qué hacemos cuando estamos desanimados espiritualmente? ¿Buscamos más en la Palabra de Dios la solución, o dejamos de leerla? ¿Nos acercamos más a los hermanos para edificarnos y consultarlos, o los evitamos? ¿Evitamos material secular para no enfriarnos o desviarnos más, o es precisamente a lo que acudimos? ¿Asistimos a las reuniones de la iglesia para buscar calentarnos en la adoración, con cantos, oraciones y enseñanza bíblica, o nos quedamos en casa?

Si estoy desanimado por alguna circunstancia externa, ¿hago todo lo posible por solucionarla definitivamente, o la uso como una excusa? La actitud que decida tomar responde a la pregunta de si es pecado el desánimo espiritual. ¿Qué ha visto usted, tanto en su propia experiencia, como en la de los demás? ¿Ha visto la disposición sincera de salir del problema emocional, o ha visto que se aprovecha como el pretexto que hacía falta para dejar a Dios y a su iglesia?

¿Qué hacemos cuando sentimos frío? Cuando más nos acosa el frío, es cuando más necesitamos conectarnos a la fuente del calor divino. Sin embargo muchos hermanos hacen y dicen exactamente lo contrario: *"ahorita me siento muy frío, prefiero apartarme de Dios"*. Siendo honestos, ¿qué nos derrota en realidad: el desánimo, las circunstancias, o nosotros mismos?

Puestos los ojos en Jesús dice el escritor de Hebreos. El desánimo viene porque dejamos de mirar a Cristo, nos desconectamos de las cosas de Dios, nos distraemos con las cosas del mundo, nos enredamos en sus problemas, en sus aspiraciones, en sus atracciones, y empezamos a ver las cosas de Dios como algo nublado, sin sabor y frío.

Insiste el apóstol Pablo: *"No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos"* (Gálatas 6.9). La actividad espiritual es la que nos permitirá calentarnos, levantarnos y seguir adelante hasta la presencia del Señor. Como dice el rey David: *"Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino"* (Salmos 119.105). Debemos de luchar la batalla del corazón con la fuerza del Espíritu, buscar aumentar y perfeccionar la oración (Colosenses 4.2), la santidad (2Corintios 7.1) y la gratitud (Hebreos 12.28).

El ejemplo del apóstol Pablo: *"Quiero que sepáis, hermanos, que las cosas que me han sucedido, han redundado más bien para el progreso del evangelio, de tal manera que mis prisiones se han hecho patentes en Cristo en todo el pretorio, y a todos los demás. Y la mayoría de los hermanos, cobrando ánimo en el Señor con mis prisiones, se atreven mucho más a hablar la palabra sin temor"* (Filipenses 1.12-14).

Pablo no se sentó a llorar, a culpar a Dios o a los hermanos de su situación, a criticar a los demás, a buscar defender sus derechos, etc. Él entendió que siendo preso, era la forma perfecta en que Dios cumpliría sus propósitos, de que les predicaría el evangelio a reyes y poderosos, en forma que siendo libre jamás hubiera podido.

Cuando aprendemos a confiar en Dios y a convertir los problemas en oportunidades para servirlo, esta actitud también se contagia a los demás hermanos. Decidamos ser personas que animen, capaciten e impulsen a otros a servir mejor a Dios; y no hay mejor manera que mostrar en nuestro ejemplo aquella actitud que queremos contagiar.

Dios le guarde y muchas gracias por la atención a este estudio.

"Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día"

(2Corintios 4.16)